

Dr. D. Isidro Goma y Tomas

MISIÓN DE JUAN. TESTIMONIO DE JESÚS. CONTUMACIA DEL PUEBLO: MT,
11, 219
(Lc. 7, 1835)

Explicación. — Cuéntase con razón este episodio, que narran Mt. y Lc. con iguales minuciosos detalles, aunque no lo emplacen en las mismas circunstancias, entre los principales de la vida del Señor: en él convergen los esfuerzos de Jesús y de Juan para reducir a aquel pueblo protervo a la fe en la mesianidad del primero. Para ello envía Juan sus mensajeros, 26; Jesús hace cumplidísimo elogio de Juan, cuyo testimonio no había querido recibir, 715.

MISIÓN DEL BAUTISTA (26). — Juan había sido recluido en prisión por Herodes Antipas, por motivos políticos, y principalmente por la libertad y dureza con que el Precursor condenaba la criminal conducta del reyezuelo. Hallábase Juan en la formidable fortaleza de Maqueronte, situada al sur de la Perea, destinada a defenderla de las incursiones de los árabes, y por este motivo convertida en castillo inexpugnable, por la naturaleza y el arte militar. Podían los prisioneros hablar fácilmente con sus amigos: *Y contaron a Juan sus discípulos todas estas cosas realizadas por Jesús, y el éxito clamoroso de su predicación: Y al oír Juan, estando en la cárcel, las obras de Cristo...*

Fácil es colegir los sentimientos del Bautista en la prisión: su exultación, al conocer los crecimientos de Cristo que él había predicho, y su temor, ante la hostilidad de los elementos directores del pueblo contra Jesús. Por ello *llamó (Juan) y envió a dos de sus discípulos a Jesús, y le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, el Mesías salvador de Israel, o esperamos a otro?* Juan no duda de que Jesús es el Mesías: fue clarísima la revelación de Dios en el Jordán (Ioh. 1, 33.34). La misión obedece a una necesidad espiritual de sus discípulos, que no tienen aún firme la fe en la mesianidad de Jesús, contra el que conservan aún sus prejuicios (Mt. 9, 14; Ioh. 3, 26). La reclama asimismo el oficio de Precursor que el Bautista, que prevé su próxima muerte, quiere ejercer desde la misma cárcel, y, no pudiéndolo hacer personalmente, envía a sus discípulos para provocar una manifestación terminante de Jesús a este respecto.

Cumplieron los discípulos de Juan la misión que les confiara el maestro desde la cárcel: *Y llegados a él (a Jesús) los hombres, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?, al verdadero Mesías cuyos tiempos han llegado ya.*

Llegan los enviados de Juan en hora oportunísima, cuando Jesús realizaba numerosos milagros; si no es que, conocedor del intento de Juan y de la misión que llevaban sus discípulos, quiso dar en su presencia testimonio copioso de su poder y misericordia: *En aquel momento curó Jesús a muchos*

de enfermedades, de llagas, es decir, de dolencias gravísimas y dolorosísimas, y de malos espíritus, y dio la vista a muchos ciegos. No necesita Jesús de complicados razonamientos para contestar a los discípulos de Juan y demostrar su mesianidad; apela a sus obras, que dan testimonio de ella: *Y respondiendo Jesús les dijo: Id, y contad a Juan lo que habéis oído y visto: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres les es anunciado el Evangelio.* Son las obras que debía realizar el Mesías (Is. 35, 5 ss.; 61, 1); luego él es el Mesías.

Y añade un nuevo argumento de su mesianidad. Los profetas vaticinaron que muchos sufrirían escándalo y ruina de la humildad del futuro Mesías (Is. 8, 6.14; 53, 1.4); también esto se realizará en Jesús. Los que no sufran escándalo de su aparente insignificancia, y sobre todo de su futura pasión y muerte, éstos serán felices, porque pertenecerán a su reino: *Y bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí.* Quizás vaya envuelta en estas palabras una tácita reprensión a los discípulos de Juan, que se habían escandalizado porque conversaba con pecadores; tal vez un caritativo aviso a todos los presentes, para que a nadie pudiese sorprender su humildad y su pasión y muerte, que no se compadecían con el concepto que del Mesías tenían los judíos.

TESTIMONIO DE JESÚS SOBRE JUAN (715). — Así que se fueron los legados de Juan, dirigió Jesús en forma vehemente la palabra a los presentes, haciendo un magnífico elogio del Bautista: *Y luego que ellos, los mensajeros, se fueron, para que no se tomaran como adulación sus palabras, comenzó Jesús a hablar de Juan a las gentes.* La introducción es *exabrupto*: *¿Qué salisteis a ver en el desierto?* Alude a la conmoción general de la Palestina, que llevó a orillas del Jordán a grandes multitudes para ver al profeta Juan: *¿Una caña movida por el viento?* Abundan los cañaverales a orillas de aquel río; puede tomarse la pregunta en el sentido literal, así: *¿Acaso os tomasteis la molestia de ir al Jordán para ver cómo el viento agita las móviles cañas?* O en sentido figurado: *¿Pensáis que Juan es hombre movedizo y sin carácter, que no merezca crédito, o que ahora dude de mi misión?*

Sentado el hecho de la veracidad de Juan, alude Jesús a su vida austera: *Mas ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas?* Para ello no hubieseis ido al desierto, sino a los palacios de los reyes: *Cierto, los que visten ropas delicadas y viven en delicias, en casas de reyes están.* No es improbable que aludiera Cristo a la molición de Herodes, que tenía encarcelado al Bautista. No salieron por vana curiosidad de las ciudades arrostrando las fatigas y peligros de los desiertos; fue la creencia de que se encontrarían con un enviado de Dios: *Mas ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta?* Jesús confirma en tono solemne la convicción popular, y añade a la persona de Juan una nota que le levanta sobre todos los profetas: *Ciertamente os digo: Y aún más que profeta.* La nota personal de Juan, en su misión profética, es que precede inmediatamente al Mesías y prepara sus caminos, siendo el ángel que va ante la faz del Señor, vaticinado por Malaquías (3, 1): *Porque éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de ti:* son palabras de Yahvé al futuro

Mesías, traducidas libremente del vaticinio por Jesús.

No se para aquí Jesús en el elogio de Juan: con una fórmula solemne, llena de vigor poético, le hace superior a todos los enviados de Dios: *En verdad os digo: que entre los nacidos de mujeres no se levantó mayor profeta que Juan el Bautista*. El elogio no va a la santidad personal del Bautista, sino a la grandeza de su misión; desde que el mundo es mundo no ha suscitado Dios un hombre entre los hombres con misión altísima y única de señalar con el dedo al Mesías, Hijo de Dios. Pero, echando Cristo en cara a sus oyentes a la vez el que no hayan seguido a Juan, con ser tan excelso profeta, y a Sí mismo que les predica el reino de los cielos, añade estas estimulantes palabras, con que les excita a seguirle: *Mas el que es menor en el reino de los cielos, mayor es que él*. Contrapone Jesús en estas palabras su Iglesia a la Sinagoga: el cristiano más humilde es más grande que los grandes personajes del Antiguo Testamento; porque somos hechos hijos de Dios, y nos nutrimos de la misma carne de Dios. San Pablo declarará más tarde la superioridad de la ley nueva sobre la vieja (Gal. 4, 17; 2231). (...)

Lecciones morales. — A) v. 3 — *¿Eres tú el que ha de venir...?* Juan, a orillas del Jordán, ve el Espíritu Santo venir del cielo y posarse sobre Jesús, y le señala al pueblo como Mesías. Ahora, puesto en la cárcel, manda a sus discípulos a preguntarle si realmente lo es. No pregunta por él, dice San Jerónimo, sino por ellos. Morirá él dentro de poco, condenado por Herodes, y sus discípulos tal vez tengan la desgracia de no seguir la predicación de Jesús; por ello les manda a que pregunten a Jesús mismo, quien, con el lenguaje más persuasivo y elocuente de sus milagros, les demostrará que realmente es el Mesías. Es el procedimiento que hemos de seguir con nuestros administrados y discípulos: darles la doctrina, pero al mismo tiempo suministrarles todas las pruebas de la doctrina que sean capaces de soportar y comprender. Maestros, padres, predicadores, catequistas, sacarán gran partido de esta sabia pedagogía.

B) v. 6 — *Bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí*. Jesús crucificado es, según San Pablo, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles. Así la gran misericordia de Dios, que le llevó a todos los abatimientos, ha sido la piedra de tropiezo en que han caído infinidad de hombres, que ven solamente la parte humilde e ignominiosa de la vida de Cristo, y no saben estimar el valor trascendental de su doctrina, la fuerza demostrativa de sus milagros, la grandeza estupenda de su obra, la Iglesia. Nosotros no sólo no hemos de escandalizarnos en Jesús humilde: en su humildad debemos buscar nuestra grandeza; en su abatimiento, nuestra gloria; en su pobreza, nuestros tesoros; en la Cruz, nuestra felicidad. Porque por todos los descensos y abatimientos de la humanidad ha querido Dios humanado llevarnos a la misma grandeza de Dios: «Se hizo Dios hombre, dice San Agustín, para que el hombre fuera dios.»

C) v. 11 — *El que es menor en el reino de los cielos, mayor es que él* (el Bautista). — Reconozcamos nuestra dignidad de cristianos, dice San León, que nos levanta sobre los grandes hombres de la Antigua Ley, y sea nuestra vida digna de nuestro nombre. Mayor que todos los nacidos de mujer es

quien ha sido regenerado por el agua y el Espíritu Santo. Los antiguos justos son llamados hijos de la carne, dice San Cirilo: nosotros llamamos Padre al Dios de todo el universo, de quien somos hijos. Hijos predilectos, a quienes ha dado su doctrina, su gracia, sus sacramentos, y a quienes, si no se hacen indignos de ello, hará coherederos de su Unigénito en la gloria. (...)

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p. 561)